

Las llamas que se apagan se apagan y se refrescan.  
Haz que mojado la punta de su dedo

— Un vil mendigo en el templo.  
Allí desde su seno Abraham le dice al réprobo:

— Justo es que ahora padesca viendo gozar á la-  
[xato]

Su premio es la gloria y la gloria es la gloria.

## LA ORACION.

Triste en abundancia los bienes de fortuna.  
El hambre, la miseria, las puertas no tocó.  
Cuando Jesucristo concluyó de explicar las anteriores parábolas, volvió á hablar al gentío sobre la importancia de la oracion.

Para dar principio á este párrafo voy á valerme de la pregunta que sobre esto hace el Ripalda. ¿Qué cosa es orar? Orar es levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.

Después de oír una respuesta que reasume por sí sola, todo lo que pudiera escribirse en un volúmen, nada me resta que añadir.

Y si ellos no se acuerdan de la gloria.  
Sin embargo, como todos estamos obligados á trabajar algo en bien de nuestros semejantes, quiero decir algo, esto es aprovechar la ocasion que se me presenta, para inculcar en el corazon de los niños, á quienes he dedicado este libro, la importancia de la oracion.

Y dicen con desprecio: los niños.  
El corazon de los niños gusta más de la sencillez de las palabras que de un argumento que, por la riqueza de su adorno, suele hacerse incomprendible á su tierna inteligencia.

Del premio.  
Jesucristo vino al mundo para salvarnos. Habriamos perecido si su bondad infinita, si su gran

misericordia, dispuesta siempre en favor de los pecadores, no se hubiera interpuesto entre la justicia de un Dios ofendido y de unos seres prevaricadores, que pretendieron elevarse á la altura de su Creador, por medio de la desobediencia.

Así pues, cuando el Hijo de Dios descendió á la tierra, trató de instruirnos en su santísima Doctrina; é instruyéndonos dejarnos antídotos especiales para preservarnos de los males del alma.

Uno de ellos y quizá el más necesario es la oracion: digo el más necesario, porque el que ora, no cae fácilmente en pecado, ó si cae, con facilidad se levanta del estado de culpa. Esto queda explicado con las palabras que dirigió Jesucristo á sus Apóstoles en el Huerto de Getsemaní, "Velad y orad para que no entreis en tentacion." Digo el más necesario, porque con la oracion se alcanza la perfeccion, puesto que los santos no habrian llegado á serlo si no hubieran tenido como primer alimento la oracion.

Esta perfeccion de que hablo, es la humana perfeccion: divina solo en Dios puede haberla.

Por medio de la oracion se adquieren las virtudes; por medio de la oracion alcanzamos el remedio de nuestras necesidades y la conformidad en las adversidades de la vida; en fin, por medio de ella, nos acercamos á Dios, que es nuestro padre, y con el que deberiamos estar siempre unidos.

Es una necesidad imperiosa, para los que tenemos la dicha de ser católicos, consagrar algunas horas á la oracion. No es necesario faltar á nuestras ocupaciones; pues si las manos trabajan, el



pensamiento y los labios están libres para levantarlos á Dios. Yo creo que la oracion que se hace en medio de los afanes ó del cumplimiento de nuestras obligaciones, es mas acepta á su Divina Magestad, que la que se hace desatendiendo á nuestros precisos deberes de familia.

Sin embargo, al expresarme de esta manera, no quiero decir que la oracion retirada y contemplativa, tenga ménos mérito á los ojos de Dios; nó, demasiado sabido es, que todos debemos separar diariamente, un corto espacio de tiempo para consagrarlo á la oracion, en honra de nuestro Creador y provecho de nuestra alma.

Así como nuestro cuerpo no puede pasarse sin el alimento que le dá fuerza y vida, porque sin él moriria, de la misma manera, nuestra alma sin el alimento de la oracion se debilitaria como esos arbustos que, naciendo en mala tierra, no pueden echar raíces, y al menor soplo, al menor vientecillo vienen por tierra impelidos por su misma debilidad.

La vida le faltaria á nuestra alma, porque la oracion alimenta la fé; la fé nos enseña á creer; y quien cree vive, y vive en Dios que es el principio de toda buena creencia; ¿y que vida puede tener una alma á quien falta el alimento de la oracion, que es su vida, porque es el único capaz de fortalecer el espíritu?

Concluyo, pues, diciendo: tenemos todos una obligacion precisa de levantar el alma á Dios, porque es nuestro Padre y á El debemos acudir por el remedio de nuestras necesidades; porque es

nuestro Dios y le debemos amor, adoracion y alabanza; porque es nuestro Creador y puede como nuestro dueño, castigarnos si obramos mal y premiarnos si obramos bien; porque es, en fin, nuestro Redentor y le debemos gratitud y reconocimiento.

SUPLICA

Señor mio Jesucristo, que en vuestra peregrinacion por el mundo dijisteis: "Pedid y se os concederá," suplico á vuestra bondad infinita que nunca esté mi lábio torpe para alabaros, ni mi pensamiento atado á las cosas terrenas, para que pueda volar á vos y estar siempre unido á vuestra Divina Magestad. Amén.



## CANTO XXXV.

Parábola de un Juez injusto y de una  
viuda importuna.

En cierta ciudad habia

Un mal juez,

Que á nadie, ni á Dios temia,

En su soberbia altivez.

Una viuda en su malicia,

Sin cesar,

Iba á pedirle justicia;

Mas sin justicia alcanzar.

Mas no por la negativa

De aquel juez,

Desmayó; constante iba

Del juez injusto á los pies.

Enfadado el juez sin duda,

Dijo al fin:

Justicia le haré á la viuda

Por quitármela de aquí.

*Constantes debemos ser*

*En orar,*

*Que mas ha de merecer*

*El que mas supo esperar.*

## CANTO XXXVI.

## PARABOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO.

Dos pecadores en el Templo oraban,  
Un publicano y otro fariseo,  
De pié el segundo en su interior decia:  
"¡Gracias te doy, mi Dios, porque soy bueno!"

De rodillas el otro y en voz fuerte,  
Los ojos fijos en el duro suelo,  
Dice: "¡piedad, Señor, de un miserable  
Que no es digno de alzar á vos su acento!"

Ensalzado por esto el publicano,  
Perdonado y feliz salió del Templo:  
En tanto que humillado fué á su casa,  
Sin encontrar perdon el fariseo.

*Humillado ha de ser el que pretenda  
Soberbio ser de todos el primero:  
Ensalzado el que humilde se coloca,  
Por creerse indigno, en el postrer asiento.*



## LOS JORNALEROS.

Dos pecadores en el Templo oraban,  
 Un publicano y otro fariseo,  
 De pie el segundo en su interior decía:  
 "Invitados por su dueño,  
 A trabajar á una viña,  
 Fueron varios jornaleros  
 Que trabajo no tenían;  
 Unos llegaron temprano,  
 Mas otros al medio día,  
 Los últimos cuando el sol  
 En Ocaso se ponía.  
 Llegada la hora del pago,  
 Que fué al terminar el día,  
 Le dice á su mayordomo,  
 El dueño de aquella viña:  
 "Comenzando por los últimos  
 Que vinieron; vé con prisa  
 Dando á cada uno un denario  
 En pago de sus fatigas.  
 Los que llegaron primero  
 Mayor pago solicitan,  
 Al mirar que los postreros  
 Igual pago recibían,

—¿Por qué han de ganar iguales,  
 Los que llegaron ahorita,  
 A nosotros que sin tregua  
 Trabajamos todo el día?  
 —¿Por ventura, dice el amo,  
 No soy dueño de esta viña?  
 Venisteis por un denario,  
 ¿Por qué un denario os irrita?

*En el reino de mi Padre  
 Es primero el que se humilla;  
 Y al último puesto irá  
 Quien el primero se mira.*



## CANTO XXXVIII.

## Parábola del banquete preparado por un rey.

Las bodas de un rico príncipe  
 Hizo preparar un rey,  
 Y mandó que se invitase  
 A varios grandes de allí.  
 Mas éstos por vez primera  
 Se negaron: ni uno fué,  
 Y el rey les dijo á sus siervos:  
 "Convidadlos otra vez;  
 "Decidles que mi banquete  
 "Rico y preparado está;  
 "Que se sienten á mi mesa,  
 "Que otra cual ella no habrá."  
 Hicieron aquellos siervos  
 Lo que les mandó el señor;  
 Mas estropeados volvieron  
 A la siguiente ocasion.

Irritado el rey entónces  
 Manda de pobres llenar  
 La mesa que preparada  
 Para los ricos está;  
 Y cuando lugar vacío  
 No se hallaba en el salon,

Entró el rey, quien entre todos  
 A un hombre muy sùcio halló,  
 Y al verlo dijo á los criados:  
 "Sacad á ese hombre de aquí,  
 Pues sin cambiarse de ropa  
 Osó á mi mesa venir.

Atado de piés y manos  
 Llevadlo, y sin compasion  
 Arrojadlo á las tinieblas  
 Del calabozo exterior.

*En los siervos que golpeados  
 Volvieron á su señor,  
 Se demuestran los tormentos  
 Que hemos de sufrir por Dios.  
 Y aquel hombre que arrojado  
 Del banquete se miró,  
 Nos dice que sin la gracia  
 No se entra al reino de Dios.*



Entre el rey, quien entre todos  
 A un hombre muy sábio halló,  
 Y al verbo dijo á los criados:  
 "Acordá á ese hombre de adun"  
 Pues sin compasión de todos

## CANTO XXXIX.

## Parábola de las Virgenes fatuas.

Invitadas á unas bodas,  
 Con sus lámparas salieron  
 Diez vírgenes, cinco necias,  
 Y cinco prudentes fueron.  
 Las prudentes no dejaron  
 Las lámparas apagar,  
 Mas á las necias á la hora  
 Llegó el aceite á faltar,  
 Y mirando que el esposo  
 A esas horas ya venia,  
 Fueron á comprar aceite  
 A donde el aceite habia.  
 Entró el esposo al banquete  
 Llevando á las que quedaron;  
 Y las otras al volver  
 Cerrada la puerta hallaron.

*Así le sucede á la alma  
 Que no viene preparada,  
 Del banquete celestial  
 La puerta hallará cerrada.*

## CANTO XLIII.

## Parábola de los colonos.

Un padre de familia partió á lejana tierra  
 Dejando á unos colonos su viña en alquiler;  
 Llegado el tiempo mandó á sus criados  
 Aquellas ventas á recojer;

Mas luego los colónos quitáronles la vida,  
 Y enviando el padre á otros lo mismo sucedió  
 La misma suerte que á los primeros  
 A los segundos se depaó.

Entónces mandó el padre, de pena consternado,  
 Al hijo que adoraba, al hijo de su amor;  
 Mas los colonos le dieron muerte,  
 Le dieron muerte sin compasion.

*Mirando los tormentos de todos sus Profetas,  
 El Dios Omnipotente á su Hijo nos mandó,  
 Mas ¡ay! el mundo cual los colonos,  
 Pèrfido, ingrato, muerte le dió.*



## CAPITULO XVIII.

### RESURRECCION DE LAZARO.

Jesucristo habia estado varias veces en Jerusalem; y esta ciudad funesta, depravada y maldita, le habia visto siempre con envidia y con rencor. El poder de las tinieblas parecia tener allí su asiento, su foco destructor; pero la hora de Jesucristo no habia llegado todavía, y á pesar de que en todas esas veces se decretaba su muerte por los escribas y fariseos, que tanto le aborrecian, las manos de éstos permanecian como atadas por un poder superior, que les impedia por entónces llevar á cabo su maquiávelico proyecto contra el Redentor.

¡Empero todo tiene su plazo, y la vida admirable de Jesus iba tambien á tenerle!

Dirigióse nuevamente á Jerusalem; pero esta vez lo hacia para consumar el sacrificio que debia abrirnos el camino de la vida eterna, lavando con sangre tan preciosa las manchas de nuestra alma.

Durante este viaje, el último que iba á hacer sobre la tierra con sus amados Apóstoles, no cesó de hablarles de los tormentos que le esperaban en la ciudad deisida, de su cercano fin y de su gloriosa resurreccion.

Al llegar á Jericó, tomó por una ancha calle, que daba entrada á la ciudad, y en la que se veian algunas blancas casas, separadas entre sí por algunos grupos de árboles.

Bajo unos de estos árboles, se hallaba sentado un ciego que jamás habia visto la luz del dia: un perrillo de pelo oscuro, moviendo á ratos la esponjada cola, acariciaba sus desnudos pies, mientras el ciego pasando su mano por la sedosa piel del animal, lloraba en el alma su infortunio.

Un ruido de voces hirió derrepente los oidos del pobre ciego; y sintiendo pasos muy cerca de sí, preguntó levantándose:

—¿Quieres decirme qué novedad hay por aquí? Ese ruido demuestra que es mucha la gente que se acerca.

—No te engañas; mucha es la gente que sigue siempre á Jesus Nazareno, dijo una voz varonil, contestando al ciego.

—¡Jesus Nazareno! del que se cuentan grandes maravillas.....! murmuró el ciego, que sin esperar mas aclaraciones echó á correr hácia donde el ruido de voces se escuchaba, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí!"

Jesus, que vió la carrera del ciego, y que oyó sus voces, le preguntó:

—Tu súplica es ferviente, ¿qué quieres que haga contigo?

—¡Quiero ver! quiero luz para mis ojos, porque las tinieblas me cansan y deseó conocerte!

—Luz hay en tus pupilas; abre los ojos y verás.